Divagaciones y otras frivolidades profundas acerca de las madres en su día

Gonzalo Villa Chávez

En un primer intento de título se me vino aquello de "por mi madre bohemios" y estuve, en ese arco de cosas, a punto de endilgarles a mis escuchas, sino todo "el brindis" por lo menos aquello que dijo Arturo el bohemio, puro de corazón y gran cabeza, pero recapacité a tiempo al percatarme de que tal título me lo ganó hace como veinticinco años o más ese *Big cheef* de las letras mexicanas contemporáneas de nombre Carlos Monsiváis. Consecuentemente renuncié y busqué otros, por ejemplo, "que viva la madre", "madre no hay más que una", "mamá soy Gonzalo, no haré travesuras" y muchos otros más, curiosamente todos con un denominador común ineludible: la cursilería extrema. Recapacité pues y pensé en una entrada tipo *show* de las Vegas y escribí aquello de "encantadoras damas y muy gentiles caballeros", sólo para que seguidamente me invadiera una vivísima sensación de náusea absoluta. Así pues, luego de diversos intentos-fracasos-fuera me encontré en la indigencia total y empezaré entonces de cualquier manera con ciertas advertencias pertinentes:

- Soy un frustrado Edipo, envidioso y tiñoso
- Soy carne de consumismo pero furibundo teórico del anticonsumo
- Históricamente la tradición del diez de mayo la incorporé tardíamente a mi catálogo de celebraciones
- Confieso palmariamente que no dispongo de herramientas adecuadas para un intento de análisis sobre el vasto fenómeno del diez de mayo
- Me responsabilizo plenamente de todo lo que diga a propósito del evento que nos convoca

No obstante lo anterior, dejo constancia clara de que yo también le entro anualmente a la enajenación coral, me conmuevo e indigno simultánea y gradualmente desde el primer aviso temprano (segunda semana de febrero) que nos asesta el canal de las estrellas, así que el nueve de mayo me podrán ustedes ver con Fernanda y Andrés por los rincones, discutiendo el embarazoso tema de "qué diablos le vamos a regalar a Gabriela mañana", para terminar con escasísima imaginación en un cheque por unos cuantos, poquísimos nuevos pesos que la señora usará para cubrir los imponderables de la segunda quincena de mayo.

Ahora bien, ¿cómo es que percibo la fecha insignia del santoral consumístico, la estructura matriarcal y el fenómeno edípico subyacentes?, ¿cómo registro o vivo las variadas formas del culto popular externo-social y/o privado intimista a la mamacita "a la mexicana"? y ¿cómo me sumo a esa gran catarsis social en la que todos en mayor o menor grado nos sentimos hijos buena onda por un día, sin menoscabo de que nos pasemos los otros 364 como malnacidos de tiempo completo?

Para empezar en orden tendré que decirles que al presente llevo ya (ay de mí) demasiados años de desmadrado (ojo: desmadrado, que no desmadroso), desde 1941 soy huérfano de padre y también desde entonces fui hijo de mamá de tiempo parcial, ya que vagos pruritos autonomistas de adolescencia, una secundaria tapatía en casa de mi tía Clota, una mala preparatoria de vagancias múltiples y muchos etcéteras más me llevaron a establecer una cierta distancia de la estructura mamística familiar y que andando el tiempo se iría ahondando y alargando. Además consigno que mis últimos quince años los he pasado huérfano de todo a todo.

En una retrospectiva caigo en la cuenta de que durante mi etapa de Edipo babeante (de 0 a 13 años aproximadamente) el diez de mayo era el cumpleaños de doña Jesusita Chávez de Villa Corona (estaría cumpliendo sus 100 añotes el lunes pasado), día de comer bien, de comer coachala, que no era cosa poca —hoy el pollo se ha secularizado, lo secularizó capaz, Mezquital del Oro porque en mis tiempos gabrieleños era la "comida", así ontológicamente entendida.



Así mismo conviene recordar que por aquellas fechas, aun cuando ya Alducin había lanzado su "iniciativa", luego entibada por los CANACO-EPOCA, la "W" como la abuela desalmada de Televisa, y uno que otro proto Valente Campillo temprano, la celebración pasaba fatigas para afirmarse, razón por la cual el mercachifle manoseo que de ésta se ha hecho me agarró, como quien dice, frío y distante, cuando no como contestatario-opositor de ese insano cachondeo anual.

En todo caso debiera sumarme, con todo y baboto hasta el piso, a la espera del tercer domingo de junio, ya que desde mi fugaz relación con el psicoanálisis cargo a cuestas una gruesísima fijación paterna, con ribetes necrofílicos incestuosos y hasta con cierto tinte homosexual, según veredicto inapelable de don Paco González Pineda. Pero ¿cómo le hago?, ya quedamos que tengo 52 años sin padre físico a quien homenajear. Hoy sucede que el homenajeado soy yo y me tengo que venir a enterar cuando los muchachos me dan la anual loción para la barba (número 1 147) al mediodía del tercer domingo de junio.

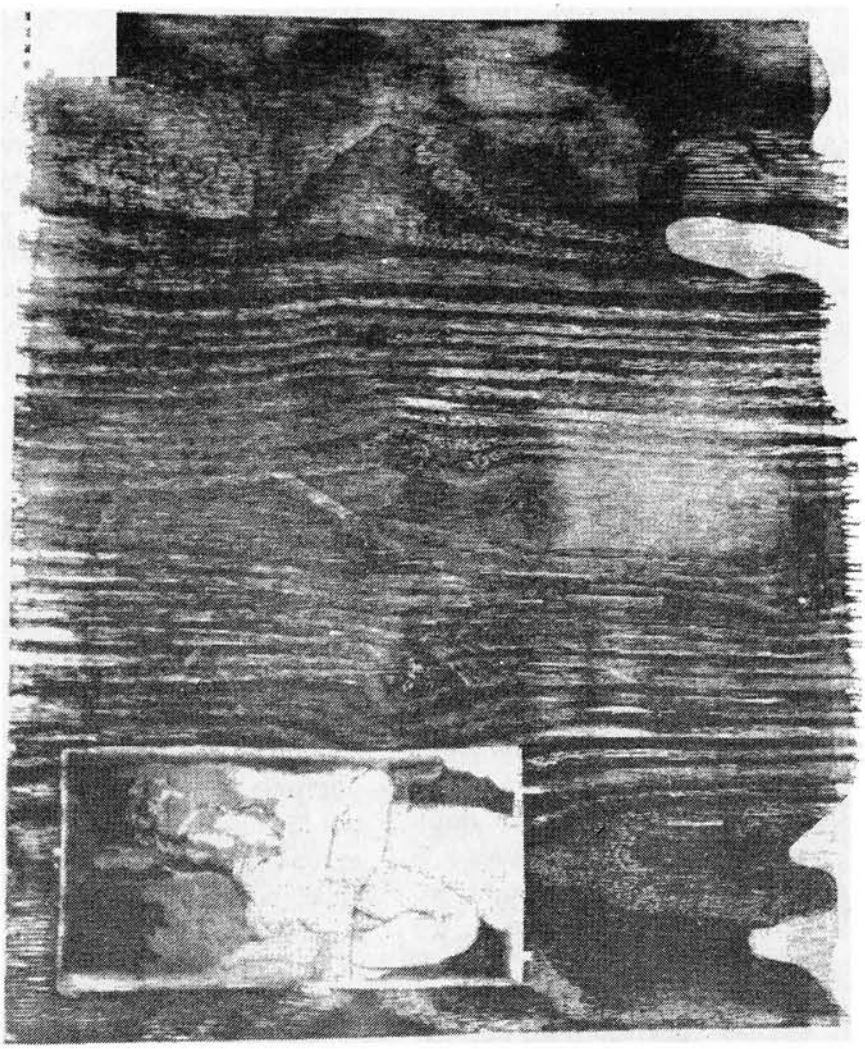
Como podrá advertirse, no doy una —literalmente—, y es entonces que a partir de esta certeza hablo

del evento materno con desdén, frivolidad, meimportamadrismo y con buena dosis de la envidia que Rivalda tipifica como "dolor por el bien ajeno". Pero sucede también que he buscado seriamente explicaciones profundas al entero fenómeno y las preguntas saltan. ¿Por qué nuestra sociedad es tan exaltantemente matriarcal y mítica?, ¿por qué nuestro edipismo?, ¿cuál es, en el fondo, la razón del culto mexicano a la figura materna?

Las contestaciones tal vez nos las podrían proporcionar los psicoanalistas, antropólogos, historiadores, sociólogos, educadores y hasta políticos y economistas, menos, claro está, los químicos, físicos y similares, y todavía menos los ingenieros urbanistas y arquitectos que no entendemos un cuerno cuando el tema rebasa el ámbito espacio-formal.

No obstante, y a pesar de mi escasa formación en propósito, puedo arriesgar algunas consideraciones.

Es evidentísimo que en México el baricentro axial de la familia, y por consecuencia de la sociedad, es la madre y sólo la madre, así como en Alemania sería el Gross Bater, en Escandinavia la seguridad, en España el macho, en Italia la Nonna y en Norteamérica el "líder exitoso", todos cuantos morosa y persistentemente mitificados. Pero ¿por qué la mitificación y consecuente sacralización? La búsqueda en profundidad puede remontarnos al eoceno temprano, cuando los grandes primates, en términos evolutivos, incrementaron su capacidad craneana, conquistaron la visión estroboscópica y se irguieron al modificarse su hábitat arbóreo por la sequía.



Pues bien, un segmento de estos primates —supuestamente— cambian sus modos de vida y abandonan su hábitat al emigrar hacia el septentrión, siguiendo el cinturón ciclónico, y me parece lícito suponer que desde entonces en la rudimentaria organización social de la manada el rol de la fémina paridora se significó dando origen a esquemas matriarcales todavía perdurables. Me parece vago y excesivo reseñar aquí la transmisión matriarcal desde el horizonte prehistórico en las evanescentes praderas africanas; más en corto podríamos mejor hablar de la experiencia americana en donde encontramos infinidad de referencias de dicha transmisión. El mundo pre-olmeca, o Tlatilco temprano, arroja una gran cantidad de repre-

sentaciones maternales, ligadas a la tierra, la agricultura, la fertilidad, la vida misma.

Luego vendrían las tantas manifestaciones del síndrome de la "mamatoxtli" con trágicas devociones a la madre terrible que nos crea para matarnos (Coatlicue), o la más piadosa a la mamá lunar (Coyoltzauqui).

Después, en el siglo XVI, se establecería el pugilato entre la visión macha castellana *versus* el sincretismo indígena en el proceso de evangelización y el incipiente mestizaje, pleito que se resolviera —tal vez el único a favor de estos últimos— para instaurar a la virgencita del Tepeyac como suprema madre de los mexicanos.

Ahora mismo y desde hace buen rato los mexicanos occidentales (¿o seremos accidentales?) tributamos a tres mamacitas: Chava Silva, por ejemplo, junto con la gente de los Altos y el Bajío le va seguramente a la mamá de San Juan de los Lagos. Desde Guadalajara hasta Teacapan en Sinaloa todos se sienten en mayor o menor medida hijos chiquiados de la "generala" zapopana.

Y los de Colima y sur de Jalisco (cartel de Pihuamo incluido) reconocemos filialmente a la virgencita de Talpa.

Haría también falta encuadrar el mito y la consiguiente celebración desde la perspectiva consumística que adrede la dejaré fuera por grosera nauseante, y sólo me quedaría la preocupación de que junto a la madrecita se incrementa año con año el santoral del consumo. Es ya ineludible celebrar al cartero, compadre, agente de tránsito, enfermera, taxista, burócrata, niño, papá, albañiles (arquitectos incluidos), y estas celebraciones son acompañadas invariablemente con un regalo compulsivo e idiota que nos cuesta dinero que no tenemos y que alternamente nos obliga, por lo menos a medio asueto, con la cala consiguiente en el rendimiento laboral. ¿Cuántas horas hombre se perderán al año en aras de los más de 125 días de:?

Termino, en acato a una clara deformación de oficio, con un breve señalamiento sobre las manifestaciones tridimensionales del género "mamá" y su impacto en el arte público, esto es, voy a referirme a los demasiados maternales monumentos.

Luego de la consolidación de la campaña de *Excélsior*, allá entre los años veinte y los treinta vendría la edificación por suscripción popular del monumento paradigmal a la madre por Sullivan y Villalongín en el Distrito Federal, mismo que diera pie al jocundo comentario popular de "mucha piedra y poca madre", de ahí pal rial los memoriales maternos en bronces, mármoles, yesos, piedras varias y hasta en terracota y plastilina; se multiplicaron *ad livitum* en proporción aritmética a grado tal que actualmente toda localidad que se respete y que tenga digamos 5 000 habitantes ya tiene que tener el suyo propio en tal o cual jardincillo mortecino. Pero lo más chistoso, y desde luego interesante, es que todos tienen como constante una mediocridad latente, con decirles que el del jardincillo de por Guadalajarita es de los rescatables, figúrense.

¿No será acaso que los escultores, arquitectos y decisores municipales con competencia en la materia carecen, como el que esto escribe, precisamente del sustento materno?

La moralina-conclusión que se impone, aun por encima de mi particular desencanto, es de todos modos esperanzadora.

Que viva la mujer, mujer madre y mujer no madre, que viva y deje vivir, que se baje de las hornacinas míticas, que se salga de las oleografías fetichistas, y sobre todo que aprendamos, individual y socialmente, a no usarla como coartada de frustraciones personales o nacionales. ♦